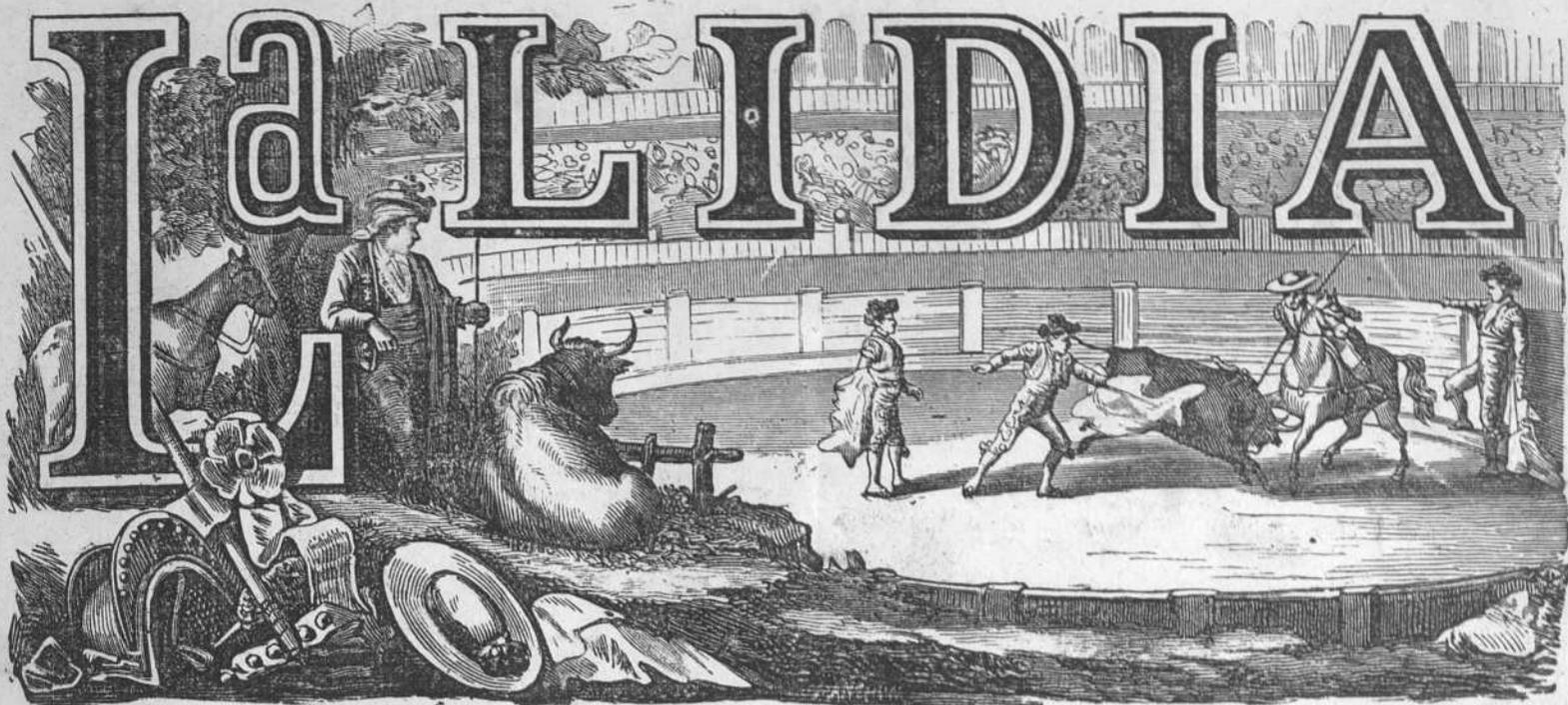


NÚMERO ORDINARIO, 15 CENTIMOS.



NÚMERO ATRASADO, 25 CENTIMOS.

PRECIO DE SUSCRICIÓN.

Madrid: trimestre. Pesetas. 2,50
 Provincias: trimestre. " 3

REVISTA TAURINA.

PRECIO PARA LA VENTA.

25 números ordinarios. Ptas. 2,50
 25 id. extraordinarios. " 5

Toda la correspondencia se dirigirá al Administrador de LA LIDIA, calle del Arenal, núm. 27, Madrid.

SUMARIO.

Nuestro dibujo.—LA CORRIDA DEL LUNES, por D. Jerónimo.—Con el respeto debido.—Rectificación.—Revista de toros (2ª corrida de abono) por D. Jerónimo.—Hierros y divisas.

NUESTRO DIBUJO.

En el año de 1851 ocurrió en Madrid un hecho que pudo tener fatales consecuencias.

Estaba contratado de primer espada, con exclusión de otro, el célebre Chiclanero, y aprovechando la Empresa la llegada á esta corte de Curro-Cúchares, de paso para otras plazas, le comprometió, con ruego de muchos aficionados, á trabajar una corrida, lo cual anunció así al público el mismo día de la función.

Antes de empezar esta, Redondo subió á la presidencia y manifestó al difunto Duque de Veragua que la desempeñaba, que él creía deber matar el primer toro, porque en su escritura constaba que en aquel año sería él el único primer espada, á lo cual asintió aquel señor; pero sabiendo esto Cúchares, subió también é hizo presente su antigüedad y sus derechos para no perderla; y aquella autoridad, cuya competencia para resolver la cuestión era notoria, no sólo por el puesto que ocupaba, sino por su inteligencia como ganadero y aficionado, se contentó con decir á Curro: «Efectivamente, tú eres más antiguo, ¿quién lo duda?»; y al Chiclanero: «Nada, nada; el primer toro es del primer espada.»

Palabras vagas que á nada le comprometían, pero que pudieron comprometer la vida de los diestros.

Estos tomaron muleta y estoque al oír la señal, saludaron á un tiempo, y marcharon al toro, dándole Redondo dos pases, y al salir del segundo, Cúchares dió á la res, que se la llevó con el capote el Galleguito, tan tremendo golletazo, que acabó con ella, causando esto terrible confusión de gritos y riñas entre los espectadores.»

Estas líneas que tomamos de la biografía que Neira dedica en El Toreo á Curro-Cúchares, han servido á Perca para el admirable dibujo que aparece en nuestro número de hoy.

LA CORRIDA DEL LUNES.

Los toros que se lidiaron en la primera corrida de abono, verificada el lunes 3, fueron de la ganadería de D. Pablo y D. Diego Benjumea.

A excepción del sexto toro que resultó buey, los demás cumplieron en el primer tercio, que es, no nos cansaremos de decirlo, el que hace buena ó mala una corrida. Como bien criadas, las reses de los Sres. Benjumea no dejaron nada que desear; únicamente la cuerna ofreció la misma particularidad que los toros de Martínez lidiados en la corrida de inauguración. En ésta hubo cuatro toros bizcos, y tres en la de Benjumea. En palos no trajeron nada, aunque se quedaron la mayor parte; y en la muerte, sólo el último ofreció algún cuidado, porque, con gran poder en las patas, se defendió después de haber recibido el pinchazo que precedió á la gran estocada de Mazzantini.

Salvador.—El primero que tocó á Salvador tenía una astilla del palo de Colita en el sitio de la muerte. El matador mandó abrir las puertas del callejón con el objeto de quitar aquel estorbo, pero el toro se

repuchó, y sólo una vez entró por la puerta de caballos, arrollando á dos carpinteros que cayeron y estuvieron sumamente expuestos, salvándose milagrosamente, porque el toro no hizo por ellos.

Frascuero demostró en la muerte de este toro su conciencia, mejor dicho, su vergüenza torera. La astilla, que era grande y quedó colocada, como hemos dicho, en los rubios, hubiera justificado un golletazo; pero Salvador no quiso apelar á la traición. Toreó de muleta algo desconfiado y sin fijar los brazos ni los pies, y después de un pase natural, cuatro con la derecha, uno alto y otro preparado de pecho, se armó levantando el brazo, apuntando más allá de la astilla para no lastimarse la mano, y pinchó, en efecto, donde apuntó, clavando media estocada alta y trasera, arrancándose al toro, cuando éste tenía adelantada una mano.

Después de esta faena, volvió á torear, movido y bastante sucio, con tres pases con la derecha y uno de telón, y una vez cuadrado el toro y decidido el matador á jugar el todo por el todo, á pesar de la astilla, se perfiló en la misma cuna, dejándose caer frascuelinamente con una gran estocada á volapié, hasta la mano, que dejó al estoque confundido con la astilla, y echó á rodar al toro instantáneamente. El público recompensó con sus aplausos aquella valentía, única que hubiera hecho retroceder á cualquiera que no fuera Salvador.

El toro tuvo mucho poder y acudió con bravura. ¿Por qué no se consintió Salvador con la muleta? No lo sabemos, pero hácmos constar que estuvo incierto pasando, y más despegado de lo que debía, puesto que el animal no presentaba dificultades visibles.

En cambio en su segundo toro, Frascuelo fué Frascuelo, con lo cual está dicho todo. Comenzó el trasteo con cuatro pases naturales, uno con la derecha y uno preparado, ceñidos y de castigo, y clavó un gran pinchazo arrancando; siguió con tres naturales, uno con la derecha y otro preparado, y se dejó caer, desde la cabeza, con una estocada á volapié que resultó caída y tendida, pero en la cual el matador consumió la suerte de un modo que sólo pudieron censurar seis ó siete aficionados de Villamelón.

Al oír los estúpidos silbidos de esos zulús, el público unánime cayó con indignación sobre ellos, haciendo á Frascuelo una grandísima ovación. El pundonoroso matador tenía, puede decirse, muerto al toro; unos cuantos capotazos secos hubieran bastado para hacerlo doblar ó prepararlo al descabello, pero Salvador quiso, sin duda, hacer una carambola; quiso mostrarse digno de aquella cariñosa protesta y confundir á los de Villamelón, y liando y armándose en la misma cuna, hundió á volapié el estoque hasta la bola y en los mismos rubios, y tumbó al toro, que cayó hecho una pelota, sin necesidad de puntilla. Palmas, sombreros y cigarrillos en abundancia; premiaron aquella magistral faena, con la cual Frascuelo correspondió á las simpatías de millares de aficionados, y se vengó de los silbidos de media docena de ignorantes.

En resumen; prescindiendo del toreo de muleta al primer toro, que no fué digno ni de lo que la res merecía, ni de lo que el matador pudo y debió hacer, Salvador estuvo en la primera corrida de abono á la altura que alcanzó en la de inauguración, es decir, á una altura que sólo él puede, hoy por hoy, alcanzar.

En la brega y quites, como siempre; y en la dirección muy deficiente y sin poder evitar en muchos momentos confusiones y líos espantosos. No es lo peor que se lo digamos hoy, como se lo digimos al tratarse de la inauguración de la temporada; lo peor es que

tememos tener que repetirlo á cada instante. ¿Por qué? Porque con los peones de lidia que hay en la Plaza de Madrid actualmente, y excepción hecha de dos ó tres que los aficionados nombrarán inmediatamente, ahorrándonos el trabajo, no hay dirección posible.

El director bajado del cielo no puede dirigir una plaza cuando la inmensa mayoría de los peones no sabe meter un capote convenientemente, ni es apto, por tanto, para refrescar á los toros, estirarlos, abrirlos y cerrarlos, según las condiciones de las reses y las necesidades de la lidia. Contra este obstáculo, no hay sino resignarse á los silbidos del público y á las censuras apasionadísimas de gran parte de la prensa que no conoce, porque no puede ver ni apreciar ninguna circunstancia atenuante.

Como director de la plaza, Salvador lucha contra lo imposible, y tiene que apelar forzosamente á una resignación que le deseamos de todas veras.

Cara-ancha.—Sentimos en el alma tener que encararnos con Cara-ancha y decirle resueltamente que, por el camino que ha emprendido, no se va sino á perder las simpatías que harto elocuentemente le manifiesta el público. Armarse delante de un toro noble y dar sin disimulo tres pases (que parecen seis), á la izquierda del matador, es declarar sin rebozo alguno, que se va á herir libre de cacho; que se va á salir del paso como salen los matadores que no tienen ganas de justificar la benevolencia y el cariño de los aficionados. Dicen los periódicos que Cara-ancha entró y salió bien en la muerte de sus toros.

Esta afirmación, en son de elogio, nos ha llenado de asombro. ¡Entrar y salir bien, arrancando fuera de la cabeza! ¡Entrar y salir bien hiriendo bajo y atravesado! ¡Ya lo creo! Así entra y sale bien cualquiera. Así no hay cuidado de que digan á José que sale por la cara, empleando un neologismo taurino de que hoy se hace un abuso irritante. ¿Cómo ha de salir por la cara, si entra desde luego dejando á un lado la cara del toro? Lo que se consigue de ese modo, es lo que ha sucedido; es pinchar mal y quedar mal en la muerte de todos los toros.

Que el público quiere á Cara-ancha no cabe dudarlo, y lo prueba hasta la saciedad el silencio con que acogió al matador después de la muerte de sus toros, cuando ese silencio se hubiera convertido en una silba tremenda si se hubiera tratado de otro matador cualquiera, y sin exceptuar quizá á ninguno.

Si Cara-ancha no se muestra digno de esa simpatía inverosímil, arrancándose á matar sin dar pasos á la izquierda, vemos su pleito mal parado y se lo avisamos con tiempo, porque vemos muchas esperanzas en camino de defraudarse.

Con la muleta toreó con más confianza que al herir, pero no castigó, á pesar de no traer nada sus toros. Lanceó al segundo con cuatro verónicas levantadas, dos de farol y una navarra limpia, que le valieron aplausos. Mató á su primero de una estocada baja y cruzada, con honores de sablazo, y á su segundo, de media estocada caída y atravesada, y un pinchazo escupiéndose. En la brega estuvo trabajador.

Mazzantini.—Así como Cara-ancha tiene al público por suyo, á Mazzantini le sucede todo lo contrario. Todas las ganas que hay de aplaudir á José, se convierten en hambre rabiosa de silbar, cuando se trata de Luis. ¿A qué debe atribuirse esta visible divergencia en el modo de juzgar al uno y al otro? ¿Es que la atmósfera anti-torera, si se nos permite la palabra, en que Mazzantini parece hacer alard



LA LIDIA



verse cuando está fuera de la plaza, disgusta á los aficionados? ¿Es que sus pretensiones de dinero ponen al público en la actitud de quien exige á un torero lo que representa la cantidad que éste pide á las empresas por su trabajo? ¿Son estas causas ú otras relacionadas con la rápida celebridad de Mazzantini, y las consecuencias de esta celebridad para otros toreros de segundo y tercer orden, las que han convertido la plaza de Madrid en una especie de fiera deseosa de devorar al espada guipuzcoano, en cuanto cometa el menor desliz? Averíguelo quien quiera ó pueda, que nosotros no tenemos para qué averiguarlo; pero justo es hacer notar el hecho, puesto que el hecho existe, y está al alcance de todo el mundo.

Lo que sí nos toca consignar es, que cuando se llega donde ha llegado Mazzantini en tan poco tiempo, no se puede permanecer estacionario. Hay que ir adelante, sin remedio, so pena de caer. Y no vemos que Mazzantini vaya adelante, ni con la muleta, ni con la espada, pues si la muleta sigue siendo en sus manos un chisme inútil y con frecuencia perjudicial, con la espada se manifiesta muy desigual á causa de su manera especialísima de herir, suerte en la cual, arranca á veces derecho y otras ladeado, y generalmente más largo de lo que acostumbra; esto da margen á las diferencias que en las estocadas y pinchazos se notan, ofreciendo el conjunto una nota que no demuestra adelanto en la carrera del popular matador.

Nosotros somos de los que creemos que con su manera de estoquear, Mazzantini es un matador á quien le durarán poco los toros, lo cual constituirá su éxito y su fortuna en la mayor parte de las plazas de España. Creemos que, por este concepto, tiene por delante muchos aplausos y mucho dinero; pero así como creemos eso, creemos también que, en plazas como la de Madrid, le costará trabajo sostenerse, si su habilidad queda reducida al momento de meter el brazo para herir. En Madrid hay que afinar mucho cuando no se tiene al público metido en el bolsillo, y ya se sabe que esto no lo ha conseguido en estos últimos tiempos nadie más que Rafael Molina Lagartijo.

Y como Mazzantini no es Rafael, calcúlese lo que le hace falta perfilar, afinar y depurar su toreo, cuando se hala precisamente en circunstancias diametralmente opuestas á las de Lagartijo.

Después de estas consideraciones generales, diremos que Mazzantini mató su primer toro de media estocada bastante ida, un pinchazo alto y una buena á volapié. Su segundo tenía mucho que torear de muleta, y de este trabajo se encargó Salvador, destroneándole el toro con el capote á la salida de los pases, y quebrándole así el inmenso poder que traía en las patas. Un buen pinchazo y una magnífica estocada á volapié, arrancando largo, dieron cuenta del animal, y valieron aplausos á Mazzantini.

En la brega se dejó coger por el primer toro, por empeñarse en no soltar el capote que había quedado enredado en la cabeza del animal, después de un quite. Mazzantini quería rehacerse, pero como el toro no detenía el viaje, y la circunstancia de tener parte del capote en la cabeza le hacía ganar todo el terreno que Luis perdía, la consecuencia lógica fué recibir un puchugón que lo derribó, y salir el toro rebotado y casi cubierto con el capote, sin hacer nada por el bulto, puesto que no podía verlo. Al rebotar por encima de Mazzantini (que se levantó en el acto), el toro se encontró con el capote de Pulguita, y éste se ganó la gran ovación, á muy poca costa.

Mazzantini hizo en el quinto toro un gran quite á Badila, ganándose con justicia una ovación.

El Regaterín se llevó las palmas entre los banderilleros. Mojino fué también aplaudido.

Agujetas y Badila sobresalieron entre los picadores. El servicio de caballos, notable. La entrada, un lleno

D. JERÓNIMO.

CON EL RESPETO DEBIDO.

Hemos recibido del Gobierno civil de esta provincia, la siguiente comunicación:

«Negociado 7.º Prensa.—No obstante los repetidos avisos emanados de este Gobierno á todos los Directores de periódicos para el más exacto cumplimiento de lo preceptuado en el art. 11 de la Ley de Imprenta, el periódico de su dirección, LA LIDIA, se viene presentando en el Negociado de la Prensa con una irregularidad que estoy dispuesto á corregir en su consecuencia prevengo á V. por última vez, que de no presentar los tres ejemplares que marca la Ley en el acto de su publicación, impondré á V. la multa de quinientas pesetas, con arreglo á lo prevenido en la Ley Provincial.

» Dios guarde á V. muchos años. Madrid 4 de Mayo de 1886.—P. D.—José Rodríguez Alvarez.—Señor Director de LA LIDIA.»

Con el respeto debido ponemos en conocimiento del señor Gobernador civil de esta provincia, que LA LIDIA ha presentado y presenta siempre en el Gobierno, con toda regularidad, los tres ejemplares que la Ley preceptúa, y que conserva el que se devuelve con el sello del Gobierno. Por eso nos ha causado verdadera extrañeza el oficio firmado por D. José Rodríguez Alvarez. Y no decimos una palabra más.

RECTIFICACIÓN.

Hemos recibido también nosotros una carta del señor D. F. F. B., idéntica á la que ha dirigido á un apreciable colega. Vamos á contestar brevemente.

Atribuir 75 años á Domínguez fué error de caja que todos los lectores salvarían, estamos seguros de ello, con sólo fijarse en la fecha del nacimiento del célebre diestro. El Sr. F. F. B. no ha salvado el error, y esto nos demuestra que nada tiene que agradecer á Dios por el lado de la perspicacia.

Cuanto á la fecha de la cogida en el Puerto de Santa María, el error es nuestro; cortamos de *La Correspondencia de España* un suelto que señalaba las cogidas, y lo dimos sin someterlo á examen. La culpa es nuestra y lo confesamos sin rebozo, porque el dón de errar lo tenemos todos, y en el yerro incurrimos más los que escribimos mucho, que los que no escriben nada. No hay otra diferencia, sino que así como muchos se dejan hacer pedazos antes de confesar un error, nosotros no solamente lo confesamos, sino que agradecemos la luz, hágala quien la haga, y venga de donde viniere.

Con esto, y con decir al Sr. F. F. B., que *era* se escribe sin *h*, creemos que no tendrá motivo de queja contra LA LIDIA.

TOROS EN MADRID.

CORRIDA 2.ª DE ABONO.—9 DE MAYO 1886.

1.º *Murciano*, de López Navarro, como los cinco restantes; negro zaino, de libras, cubeto y despitorrao del izquierdo.

Se estiró saltando por la puerta de arrastre.

Tomó con más voluntad que poder ocho varas de Chuchi y Badila, dió una caída y mató un caballo.

Ostión salió por delante con un par de gran castigo á topa carnero, tomando el olivo por el 4 y el toro tras él, sin novedad. (Grandes aplausos.) Siguió Pulguita con un par caído al cuarteo, y terminó Ostión con uno superior cuarteando. (Ovación.) El toro buscaba las tablas.

Salvador, de corinto y oro, después de una faena larga y deslucida de 44 pases, dió cuatro pinchazos, una sin soltar, que se fué por carne, un volapié un poco ido y un buen descabello.

2.º *Viscaíno*, negro ojalado, meleno, grande y veleta, voluntario y certero, acabó tarde.

Aguantó siete puyazos, dejó caer al descubierto á Agujetas, al quite Mazzantini; derribó también al Chuchi y mató dos caballos.

Entre Manuel Campos y Currinche clavaron tres pares; muy bueno el de Currinche, y muy malos los de su compañero.

Cara-ancha, de verde y oro, después de ocho pases, dió una estocada cuarteando, que bastó para que se echara el toro. (Aplausos.)

3.º *Salinero*; castaño oscuro, ojinegro, de libras, veleta, un poco caído del izquierdo, voluntario y sin poder; tomó 13 puyazos y fué horriblemente rajado por Colita.

El Barbi clavó dos pares, cuarteando, y Galea medio. Mazzantini, ataviado de lila y negro, dió seis pases y media estocada tendida, ladeada y trasera, terminando con un descabello á pulso, al segundo intento.

4.º *Granizo*; cárdeno, bragado, ojalado, recogido de cara y apretado y vuelto de cuerna, salió muy abauto y Salvador le paró los pies con tres verónicas, una navarra y una de frente por detrás que le valieron muchos aplausos; tomó con voluntad dos varas y empezó á desafiar tomando otra vara de muy mala manera y á fuerza de acosado, tostándole el morrillo Ostión y Pulga. (Aplausos y protestas al Presidente.)

Salvador mató al buey, pasándole 11 veces de muleta, de una estocada hasta la mano, caída y muy trasera.

5.º *Palmero*; retinto listón, ojalao, de libras, bien armado y manso. Tomó cinco varas en medio de la gritería del público, y cuando salió Currinche á parear empezaron á llover botellas y naranjas de algunas localidades, que obligaron á Cara-ancha á mandar retirar á sus banderilleros, que luego volvieron á salir, dando margen á un incalificable escándalo, de que hablaremos en el resumen.

Cara-ancha despachó al buey de un pichazo á paso de banderillas, tras del cual saltó por el 5 y se aculó en la puerta del chiquero, costando gran trabajo que abandonara laquerencia; después de esto el diestro lo tumbó de dos pinchazos y dos metisacas á paso de banderillas.

6.º *Colchonero*; negro zaino, apretado y vuelto de cuerna, y astillado del derecho.

Tomó 10 varas, dió dos caídas y mató un caballo. Galea y Barbi clavaron tres pares, y Mazzantini despachó al animal, que estaba huido, de un golletazo monumental.

RESUMEN.

Escribir un resumen claro y concienzudo de la corrida de ayer, es poco menos que matar por derecho los mansos cuarto, quinto y sexto que se lidiaron. Y como al tratarse de matar bueyes el público perdona al matador toda mala faena, con tal de que sea breve, esperamos que se nos tendrá en cuenta esta circunstancia al juzgar el siguiente juicio crítico.

Los toros del Sr. López Navarro jugados en la tarde de ayer, fueron hermanos de los corridos recientemente en Barcelona, y de los muchos que hemos visto correr por ahí generalmente, desde hace más de 20 años: unos bueyes con muchas arrobos, que cuando no llegaron mansos á la

muerte, llegaron inciertos y pisando el terreno de fuera sólo hubo un toro tonto, el segundo, y otro medio tonto pero manejable, el tercero.

El cuarto llevó fuego por orden acertadísima de la Presidencia, á la cual tocamos las palmas, y se las hubiéramos tocado con el mayor entusiasmo, si hubiera hecho la hombrada de mandar quemar el quinto. Acosar un toro echándole el caballo encima, fuera del terreno en que el primer tercio debe verificarse, no es tomar varas; es empeñarse en librar del fuego á una res porque sí, y empleando para ello malos medios.

Con ese método, los matadores y los picadores podrían apostar mil contra uno á que no se quemaba al buey más manso de la tierra. Si se apela al Reglamento, no tenemos la culpa de que el Reglamento sea, en su mayor parte, un cúmulo de desatinos. Y por encima del Reglamento está el sentido común. Ni más, ni menos.

Salvador.—Una tarde desgraciada para Frascuelo. El primer toro fué un hueso, pero no lo suficiente para desconcertar á un matador guapo é inteligente como lo es Salvador. Bastó que estirase el hocico en los primeros pases para que Salvador no fijase los pies, y apelara, en cuanto estuvo quebrantado de patas el toro, á los pases preparados de pecho y de telón, que allí no podían sino descomponer la cabeza y poner al toro en defensa, descubriéndose poco, lo cual dió margen á los pinchazos y al metisaca que se fué por carne. En suma, la faena del matador descompuso al toro más de lo que estaba, é hizo más deslucida la muerte.

En su segundo toro más confiado de muleta, pero se hizo un lío al herir, porque el toro estaba desigualado y entró al engaño, sesgado y descubriéndose mucho, por lo cual la estocada resultó caída y muy trasera, tanto más cuanto que el matador arrancó apretado y se ganó un palo en el brazo derecho por no cuarteo, que es lo que debía haber hecho si quería agarrar los bajos y acabar de una vez. Que en sus dos faenas estuvo en la cara y que no entró una vez á traición, no hay que decirlo, porque Salvador tiene demasiada vergüenza para hacerlo mal cuando cree que lo puede hacer bien, y esto lo cree siempre, aun cuando á veces se equivoque. En los lances de capa, superior, sobre todo en la navarra y en la de frente por detrás. En la brega hizo lo que pudo, y en la dirección nos atenemos á lo que le decimos al tratar de la corrida del lunes último.

Cara-ancha.—Una tarde de suerte. Le tocaron un toro tonto y un manso; mató al primero de una estocada de gran efecto, caída y ladeada, que hizo rodar en seguida al animal. Y ante la brevedad, el público no se fijó ni en la calidad de la estocada ni en la manera de arrancar del matador, que se arrancó enmendándose hacia su izquierda para evitar el embroque sin riesgo alguno. Al buey quinto lo mató como pudo, y pudo hacerlo mejor, afianzando el golletazo cuando el manso barbeaba por el hilo de las tablas; pero el público no estaba para perfiles y no censuró al matador. Más vale así.

Mazzantini.—Cuarteó al herir su primero y nadie le dijo nada. El toro se echó y Luis se empeñó en levantarlo. ¿Para qué? Para lucirse descabellándolo á pulso, como parece ser su especialidad? Pues hizo muy mal, porque el público le agradecería más el menor pinchazo dado con arte que todos los descabellos que puedan aplaudir los que gustan de las labores de matadero. Cuando vengan á su tiempo, bueno; pero cuando quieren ser suerte forzada por obra y gracia del matador, eso podrá ser muy bonito en provincias, pero en Madrid hace muy poca gracia. En su segundo toro, hizo Mazzantini lo que Cara-ancha de bió hacer en el quinto, y por eso se lo aplaudieron.

De los banderilleros, Ostión estuvo valiente, pero valiente de verdad, consintiendo y castigando. Los picadores malos. La Presidencia desafortunadísima al no mandar poner más que tres pares de banderillas de fuego al cuarto. En lo demás, volvemos á repetirlo, acertadísima.

Cuanto al escándalo que produjo la lidia del quinto toro, ¿qué hemos de decir? Naranjazos, botellazos, broncas, gritas, imprecaciones á la Presidencia y otros excesos. ¿Qué magnífica tarde para los aficionados de Villamelón! ¿Y qué tarde tan mala, tan triste, para los que temen que haya quien diga que el factor más odioso y repugnante de nuestra fiesta nacional es, con frecuencia, el público!

D. JERÓNIMO.

HIERROS Y DIVISAS.

Nuestro querido amigo y colaborador, el antiguo é inteligente aficionado D. Vicente Ros y Mínguez, acaba de llevar á cabo un trabajo verdaderamente notable, y que estimamos de utilidad suma para todos los aficionados á las corridas de toros.

Dicho trabajo es un cuadro al cromo, en el cual están convenientemente clasificadas las ganaderías de España, con la fecha de su estreno en Madrid, hierros y colores de sus divisas. En el centro del cuadro hay un mapa, también en colores, donde aparecen todas las poblaciones de la Península que tienen plaza de toros, con el número de localidades de cada una.

Es un trabajo, en suma, nuevo y completo, de forma sumamente artística, y que ofrece al aficionado gran facilidad para su consulta.

Este cuadro se vende al precio de 2 pesetas cada ejemplar. A los corresponsales de nuestro periódico se les hará el 25 por 100 de descuento.